

## Esta nueva piel

Cuando murió mi abuela María, yo debía tener diecisiete o dieciocho años. No lo recuerdo con exactitud. Tenía mi abuela un carácter risueño y no desaprovechaba ninguna oportunidad para la broma. La vida dura de entonces había vencido sus huesos y su piel, pero no su carácter. La alegría era algo que había que defender tanto como la limpieza y el orden de la casa. La recuerdo riendo con Fofó y los payasos con esa risa floja, relajada, contagiosa; la recuerdo riendo con las películas de Paco Martínez Soria, la recuerdo riendo, siempre riendo. También alguna vez la vi llorar: veinte años después de su muerte seguía llorando a mi abuelo. Eso, a escondidas claro, en la soledad de su dormitorio. Hay parejas cuyos nombres deben estar escritos juntos en el cielo. Como esas estrellas cercanas que dan nombre a una constelación. Próximas en la distancia y en la eternidad. Lo que hizo Zeus con Póllux y Cástor. Recuerdo también que ante las películas de tiros, fueran del oeste o de guerra, siempre protestaba: “ No soporto ya la violencia ni en las películas”. Si nosotros niños o adolescentes insistíamos en seguir viéndola, ella se levantaba y se iba a acostar. Ahora lamento no haber apagado el televisor y haber disfrutado más de su presencia. El tiempo cura la ignorancia de la juventud, pero en la mayoría de los casos tarde.

Han pasado treinta y cinco años de eso. Quizá más. Ahora soy yo el que no soporta la violencia ni en las películas. Ante el dolor que me produce el ébola, la pobreza, las guerras en Oriente, los casos de corrupción, el paro, la crisis, etc..., he decidido mantenerme al margen de la noticias durante un tiempo. Sí, mi país también me duele. Creo que he llegado a un momento en que sufro por casi todo, aunque también a la vez tengo la capacidad de disfrutar de casi todo. Es, a mi parecer, un signo de que ando ya más cerca de mi abuela que de mis hijos. La piel se me ha hecho tan permeable, tan delgada, que las noticias pasan directamente al interior, a ese sitio donde tanto me duelen. También es cierto que a través de esa piel osmótica y porosa pasan los rayos del sol directamente a calentarme las entrañas. No sé si tuve alguna vez una coraza para protegerme del exterior. Quizá sea eso lo que me estoy poniendo cuando ya ni siquiera veo las noticias. No me gustan las corazas, pero al fin y al cabo uno es machadiano, y también amo los mundos sutiles, ingrátidos y gentiles. La violencia tanto en la realidad como en la ficción me resulta insoportable. Y ahora me asombro y me adapto a esta nueva piel que me desprotege y me ensancha, que me hace sufrir por todo, que limita mis necesidades y deseos a casi nada, y que deja pasar los rayos de luz hasta el fondo, por donde debe habitar el alma.

A. G. Santiago